

condición altísima de un marino que antepone á cualquier cosa la muerte.

No estaría Colón excesivamente retribuído en su gloria indudable con todo cuanto le granjeó Castilla; pero la falta y el error de Pinzón quedaban excesivamente castigados. Algo, sin embargo, excusa el error del piloto la falta imperdonable del profeta, su codicia. No consentía dar á ningún tripulante la debida participación en los aprovechamientos de una obra, la cual por tan grande manera obedecía de suyo á los instintos del comercio y los deseos de lucro. Desde que llegan á la primer Lucaya, en el primer viaje, hasta que dejan los últimos escollos de la Española y las Tortugas, no pensó Colón en otra cosa que en allegar oro; ni habló de otra cosa más que del oro. ¡Cuán pocas interrogaciones respecto de religión, de leyes, de costumbres á los indios! ¡Cuántas respecto de minas! Él mismo confiesa que Pinzón, cuando se apartara de su compañía, rescató una grande cantidad de oro á los indios y lo repartió en partes proporcionales á los tripulantes, guardándose un factor de aquella división para sí mismo. Colón, apartando lo debido al erario, se alzaba con todo el que recogía. No hubo medra en el camino que no le tentara, ni provecho en promesa cumplida que no requiriera con instancias impertinentísimas en cuanto creía llegada la ocasión propicia de cosecharlo. Hallóse á punto de perder la partida en Santa Fe por la codicia mostrada en el ajuste de su obra. Y la desgracia suya en la corte de Lisboa, tan ducha en descubrimientos, atribúyese por algunos á lo tenaz y empeñado y prolijo de sus regateos respecto del provecho suyo y del provecho versible á la corona. Ni aun perdonó el corto premio y el sueldo escaso concedidos al primero que viese tierra. Ningún género de duda cabe: el primero en divisar la célebre Lucaya descubierta la noche del 11 al 12 de Octubre, fué Rodrigo de Triana, y porque viera el Almirante incierta lucecilla en lontananza, ni bien segura, ni bien certificada, se alzó con la pensión, cosa muy mal vista por el buen Rodrigo,

quien, muy molestado por aquella herida en su nombre y en su peculio, dejó el servicio de sus Reyes y se pasó al moro. Mucho soñaba, como puede verse por el volumen curiosísimo de sus profecías, con rescatar Jerusalén del gran Turco, pero en cuanto encontrase mares de perlas, ciudades de oro, vías empedradas de zafiros, montañas de esmeraldas, ríos de brillantes, riquezas como nunca las contarán en su vida ni Crespo ni Salomón, los tesoros de todas las Indias, bien superiores á cuanto puede calcular un matemático y hasta fingir un poeta. Comprendían esto mismo que nosotros decimos aquí los Reyes en Colón, cuando al dirigirle documento por tal manera solemne, como la epístola felicitándolo por su invención, hablan primero un poco del servicio hecho á Dios y al Rey; otro poco luego del servicio hecho á la religión y á la patria; y concluyen dedicando largo espacio á los provechos del descubridor, á sus múltiples títulos, á sus numerosas ventajas, á su enorme participación en el rendimiento de todos los tributos, á su personal provecho. Parecía que la primer carta escrita después del faustísimo suceso debía ser un himno y no una cuenta. Pues fué una cuenta y no un himno. Y fué una cuenta, cosa que no pasara en triunfo alguno de los conseguidos entre Isabel y Fernando, porque ambos á dos conocían toda la codicia del descubridor y todo su empeño en retener hasta la piltrafa última de sus convenidos provechos. Así Pinzón, más generoso de natural, diga cuanto quiera Colón; más desprendido por sugerencias, así de las costumbres nacionales, como de la educación doméstica; más largo en dar, cual está demostrado por la circunstancia de no haber querido ni un recibo de sus aportaciones cuantiosísimas á la común empresa; debió concluir por enojarse á la codicia del piloto y resentirse de que intentara siempre quedarse con todo él y apropiárselo así á su personal medra como á su perdurable gloria. Pero aquel, que á Colón le arrojó semejante vicio al rostro con insistencia, desconoce los capitales caracteres propios de naturaleza y complexión como las suyas y cierra los ojos frente á la excepcional finalidad para

que fuera nacido y creado. No se descubriera el Nuevo Mundo, si á los impulsos divinos provinientes del calor que lleva en sí misma una idealidad cuasi religiosa no se juntaran los agujoneos pequeños, pero continuos, de las causas segundas y de los motivos inferiores, á cuyos pinchazos la voluntad espoleada no puede arrojarse por tierra y se mantiene despierta y viva en grande movimiento. La Providencia y la Naturaleza tenían que dirigirse de consuno así á lo más noble y más alto de Colón como á lo más inferior y más animal, para que cumpliese y realizase una idea tan parecida de suyo á imaginada fábula, movido por todos los resortes impulsores de la humana voluntad. Si careciera de uno solo marrara la totalidad de su obra. Estos compuestos humanos, tan excelsos, pero tan contradictorios, así como tienen por las alturas del ser suyo mucho más de ángel que los otros mortales, tienen por lo bajo también mucho más de bestia. Eran éstos caracteres congénitos á los hombres de aquel tiempo en que moría la caballería feudal antigua y brotaba el interés mercantil moderno; á los hijos de una ciudad, como Génova, artística y comercial juntamente; al oficio de marino, que necesita por una doble coordinación tomar el Océano como un templo y como un mercado, cual tomar la vida como un combate y como un negocio, cual tomar el cielo como la condensación etérea de todas las revelaciones divinas y como la tabla logarítmica de todos los humanos cálculos; por fin á los artistas y á los sabios del Renacimiento, en quienes la imaginación, el estro, las facultades instintivas, las inspiraciones soberanas, la estética en acción, la filosofía reveladora, el pensamiento profundo, el arte sobrenatural, y hasta el culto de lo verdadero y de lo bello, crecían en proporciones gigantes á expensas, me atreveré á decirlo ante un revelador tan sublime, que muchos han querido proponer para una canonización..... á expensas de la moral y la conciencia.

† Desde Palos, donde tantos recuerdos había dejado, se partió Colón á Sevilla, y desde Sevilla, por tierra, se partió á Barce-

lona, donde le aguardaban los Reyes. Debiendo recorrer la porción más hermosa y más rica de nuestra península, creo inútil decir cómo lo recibirían andaluces, murcianos, levantinos, catalanes, en aquella excursión triunfal. Dificilmente podrá formarse idea del regocijo popular quien haya tenido la desgracia de no haber jamás presenciado una fiesta levantina. Entrado Abril ya cuando el Almirante caminaba por aquel encantador edén, paréceme inútil decir cómo llovería el azahar sobre su cabeza en las florestas sin término y resonarían en sus oídos las palmas de los palmerales sin número. En cada recodo del camino descubriría su celeste mediterráneo tras las cortinas de almendros y granados alzadas sobre los nopales y los áloes. Á su solemne ingreso en un pueblo, el estruendo y fragor de la pólvora, el repique de las campanas, el acorde sonido de las músicas, el clamoreo de las muchedumbres, el timbal y la charamita de los dulzaineros, los homenajes de aquellos municipios rodeados por sus pintorescos alguaciles, el cántico y salmodia de los clérigos en procesión solemne y con aleluyas de alegría en los labios, el aroma levantado de las calles todas enramadas con altos montones de romero y alhucema, los marcos de flores en las puertas y los ramos de tarajes y cañaverales en las fachadas, el damasco rojo y el blanco lino pendientes de las ventanas y balcones en vistosísimas colgaduras, la multitud increíble de multicolores gallardetes y banderolas ondeando al embriagador aire, los toldos cerniendo la luz como en acrecentamiento de los matices tan delicados y de las penumbras tan dulces, prestaban á los cuadros aquellos, continuos y sucesivos, una tal animación y vida, que inútilmente querrían de consuno las artes plásticas todas, no ya superarlos, reproducirlos en su verdadera realidad. Por fin el descubridor se acercó á Barcelona, donde le aguardaban los Reyes. Sería de ver la ciudad en fiesta.

Después de haberlo saludado la multitud, grupos de caballeros muy vistosos con grupos de damas ataviadas como á su sexo cumplía, puestos en rededor del trono, aperciábanse †

á ver el descubridor en toda la grandeza de su intacta gloria. Ya una diputación de la nobleza lo había recibido cerca de la ciudad y entrado en su compañía por las puertas donde le aguardaban todas las autoridades populares precedidas de sus correspondientes maceros. ¡Magnífica procesión! ¡Encuentro sublime del viejo con el nuevo mundo! Precedían los tripulantes de las carabelas, atezados por el sol y curtidos por el agua de los mares, despertando con el bamboleo de su andar marino y el rigor de sus rostros morenos la popular atención y el universal entusiasmo; seguían en pos, llevados á hombros, aquellos vegetales tan dispares de los conocidos entonces entre nosotros, como el maíz con sus ricas panojas, y la yuca, jamás nombrada en las lenguas del tiempo, y las palmas del cocotero, y las hojas amplísimas del plátano, y los tubérculos farináceos y dulces que hoy denominamos batatas: á la flora seguía la fauna curiosísima, viva la que podía conservarse tal, y disecada una gran parte, asombrando á todos los manatíes, semejantes á oceánicas vacas, y las iguanas, parecidas á cocodrilos amansados, y las sirenas de cuerpo carnoso, no tan bellas como ha querido la fábula, ofreciendo como una irrupción de nuevas especies; tras las alimañas aquellas, los pájaros, especialmente los papagayos, de muchas diversas clases, luciendo sus sedosos y brillantes plumajes; tras los papagayos, conducidos en perchas muy altas, los indios á pie, desnudos y pintarrachados, con sus coronas de plumas á la cabeza y sus taparrabos al vientre, muy pasmados del pasmo que producían y muy atentos al descubridor, que los movía con sus miradas y con sus sonrisas á seguir entre las frases y los gestos de admiración y extrañeza que levantaban por doquier; tras los indios los pedazos de oro, las joyas primitivas, los cintos de aljófares dados por los caciques, todo expuesto con arte; y por último, una especie de estado mayor general marino, y tras él Colón, adornado con todas las insignias de sus dignidades, caballero en gallarda cabalgadura, muy erguido á pesar de sus años, muy atento á las demostraciones recibidas, en los labios

la sonrisa de su gratitud, en la frente los surcos de su idea y en la mirada el resplandor de su alma. Inútil nos parece añadir, conociendo todos á Barcelona como asiento de gentileza, y á los barceloneses como prototipos acabados de aquella civilización y cultura, cuánto se esforzaron en mostrar que alcanzaban y comprendían toda la trascendencia del increíble suceso. Desde los arroyos de las calles á los terrados de las casas, apiñábase compacta muchedumbre, delirante de verdadero entusiasmo, expresado en aclamaciones sin cuento y sin medida, que llenaban y henchían á una con sus ecos todos los giros del aire, y difundían por todas partes las corrientes eléctricas de los afectos comunes en que concluye por condensarse, como en una quinta esencia, el alma de todo un pueblo. En este poema de la invención del Nuevo Mundo, poema épico, siquier se refiera en prosa por la Historia, una elección cual esta de Barcelona para el recibimiento á Colón parecía como adrede, y no casual, pues ninguna de nuestras poblaciones tenía derecho á inaugurar la edad nueva del trabajo y del cambio como esta ciudad excepcional de trabajadores é industriales, cuyas glorias náuticas y mercantiles compiten indudablemente con las mejores que hayan podido alcanzar las ciudades itálicas y helenas en el claro curso de su legendaria vida. Bajo un dosel de rico brocado, sobre un trono cubierto de alfombra pérsica, estaban los dos Monarcas, entre la corte más gallarda y más lujosa del mundo. González Oviedo, historiador que tanto se pára en minucias, una especie de San Simón anticipado, como puede verse por sus curiosísimas *Quincuagenas*, refiere que, así como asistió en Santa Fe á la triste salida de Boabdil, asistió en Barcelona un año después á la triunfal entrada de Colón. Y había motivo para envanecerse y recordarlo, porque pocos hechos de tal trascendencia en sus anales guarda la humana historia. El descubridor se desmontó de su cabalgadura, y anticipándose á toda la procesión que le acompañaba gorra en mano, bajo el estandarte clavado en los arrecifes del Salvador á nombre de Castilla, entró donde

se hallaban los dos Reyes con una emoción tan viva y honda, que difícilmente podría sobrellevarla en toda su intensidad y con todo su peso la débil naturaleza humana. Junto al solio se hallaba el príncipe D. Juan, en cuyo loor había dado Colón á la isla de Cuba el nombre de Juana, y entre la corte debían de seguro hallarse los protectores de Colón, sobre quienes descollaba por su grandeza el cardenal de España, D. Pedro de Mendoza. Un rumor de asombro y admiración acogió al descubridor, que no veía su camino en el salón, cuando tan claros había visto sus caminos en el Océano. Movidos por un impulso incontrastable, los Reyes olvidaron la regia etiqueta y se pusieron de pie, contra todo lo usado en las cortes castellanas y aragonesas. Al ver Colón tamaña muestra de afecto, quiso de rodillas hincarse; pero lo impidió Fernando, que bajó del trono y lo estrechó en sus brazos.

Año y medio hacía que despidieran los Reyes á Boabdil, cuando recibieron á Colón. ¡Qué diferencia entre uno y otro suceso histórico, entre una y otra persona épica! En la Vega de Granada concluía el mundo antiguo de la fatalidad y en el estrado de Barcelona comenzaba el nuevo mundo de la libertad; allí se hundía el despotismo, en tanto que aquí alboreaba el derecho; veníase á tierra bajo la cruz de Mendoza erigida en las bermejas torres á impulsos de su propio peso la sociedad que se fundó en la guerra y alzábase bajo el estandarte clavado por Colón sobre los arrecifes del Salvador otra sociedad que, no obstante comenzar como todas por la conquista y por las armas, debía bien pronto convertirse por su propia virtud en una sociedad nutrida por el cambio y por el trabajo; Boabdil significaba, con su cimera coronada en la frente y su corvo alfanje al costado, la irrupción; Colón, ido sin más armada que unas modestísimas carabelas y unos cuantos marineros, significaba la ciencia y el pensamiento; descendía el uno desde las cimas del despotismo á la rota y á la servidumbre por una serie de largas degeneraciones atávicas, mientras el otro ascendía desde la

pobreza y la obscuridad al poder y á la gloria y á la grandeza por el esfuerzo y por la soberanía del genio; veíase la casta y su decaimiento en Boabdil, mientras en Colón veíase la democracia y sus progresos; nieto de cien reyes el uno dejaba como despojo á sus espaldas la tierra de sus padres, y nieto de cien cardadores el otro, extendía una nueva creación para las nuevas reveladoras ideas; el Asia de los tiranos se iba con el uno y venía con el otro la joven América de los pueblos. ¡Cómo las verdades sociales para ser bien alcanzadas y comprendidas piden perspectivas que únicamente pueden ofrecerles el tiempo y el espacio infinitos! Aquel Boabdil, que se iba con los soldados del Korán vencidos por la guerra, camino de los arenales líbicos, cerraba la edad antigua; y este Colón, que volvía del Océano inmenso con los hijos inocentes de la Naturaleza, revelados por los esfuerzos del genio, abría la edad moderna; pero los mismos que obraran aquellas maravillas, no las conocían en toda su extensión y en toda su trascendencia, y cual ignoraban haber descubierto un continente nuevo material en el Océano, creyendo lo hallado continuación del viejo continente histórico, ignoraban haber descubierto un universo nuevo social, creyendo lo hallado un rejuvenecimiento de la vieja Monarquía, y no el espacio reservado por Dios á la libertad, á la democracia, á la República. El espíritu nuevo que se irradiaba de la prensa recién descubierta; del Renacimiento ya perfeccionado por aquellas legiones artísticas con sus buriles y sus pinceles en las manos; de la renovación religiosa comenzada en los Concilios y pedida por todos los reveladores, traía con la invención del inmortal descubridor como una nueva naturaleza material, la naturaleza virgen americana, para completar el nuevo espíritu colectivo, á que llamaremos el espíritu moderno. Pero ni los Reyes ni el mismo descubridor veían esto, á sus ojos oculto en el tiempo, cual á sus ojos estaba también todavía oculto el nuevo continente que habían descubierto en el espacio.

Suspendiendo todos los usos de la tradicional etiqueta corte-